

El moro Cide Hamete Benengeli es cristiano

Antonio Sánchez Portero

El historiador árabe del que se sirvió Miguel de Cervantes para escribir su Quijote ha provocado caudalosos ríos de tinta. Y lo que te rondaré, morena. Si nos asomamos a internet, nos encontramos con más de treinta y cinco mil entradas (de una, de dos o más páginas, y hasta de varias decenas) que citan y elucubran sobre este nombre, relacionándolo con la universal obra del inmortal Manco de Lepanto. Hay opiniones, peor o mejor expresadas, con más o menos sustancia o fundamento, o sin ningunos, para todos los gustos. En este no sé si llamar ensayo o simplemente artículo, voy a transcribir las consideraciones más relevantes, interesantes, o curiosas que ha suscitado este asunto y, después de exponer mi opinión, concluiré desvelando un descubrimiento que creo puede calificarse como trascendental o, al menos, importante; pero sorprendente en cualquier caso.

Primero, a fin de evitar equívocos, especificaré que el Q. I está dividido en Cuatro Partes. En la Primera, capítulos I al IV, actúa don Quijote sin su escudero Sancho, quien aparece en el capítulo VII y sigue en el VIII, ya hasta el final del libro. La Tercera Parte contiene los capítulos del XV al XVIII. La cuarta, del XXVIII hasta el LII. Y en la Segunda, en el capítulo IX, es donde nos encontramos con Cide Hamete Benengeli: “... estando yo un día en la Alcaná de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y como yo soy muy aficionado [el narrador, Cervantes] a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta natural inclinación, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía, y vile con caracteres que conocí ser arábigos. Y puesto que aunque los conocía no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado que los leyese, y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque lo buscara de otra mejor y más antigua lengua, le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que, diciéndole mi deseo y poniéndole el libro en las manos [detecto un lapsus, pues lo que se vendía eran “unos cartapacios y papeles viejos”, no un libro, que como tal no se especifica estuviese en los cartapacios], le abrió por medio y leyendo un poco de él comenzó a reír.”

Era la “*Historia de Don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo*”. Compró el narrador “*al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real;*” y llevó al morisco aljamiado a su casa, “*donde en poco más de un mes y medio,*” “*por dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo*”, le tradujo todos los papeles “*que trataban de don Quijote, en lengua castellana.*”

Lo que Cervantes, además de esto, dijo en el Prólogo: “Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padraastro de don Quijote...” a dado pie a todo tipo de especulaciones; incluso a hacer creer a algunos que Cervantes no es el autor del Quijote, sino un mero traductor o, incluso plagiar, como veremos..

En primer lugar voy a referirme a la fuente, al posible origen en el que se inspiró Cervantes para introducir en su Quijote al historiador árabe, que es fundamental y una pieza clave que marca un hito en la creación de un nuevo concepto de la novela.

Ignacio Gómez Liaño cree que Cervantes, se inspiró en “*El hallazgo de los libros de plomo, que se produjo en unas cuevas situadas a las afueras de la antigua capital del reino nazarita, [que] fue en seguida relacionado con la de la caja de plomo que le había precedido en unos años y produjo tal conmoción que surgieron de forma espontánea procesiones multitudinarias, se produjeron numerosos milagros y se elevaron construcciones religiosas, que aún hoy*

subsisten, sobre el lugar donde se verificó el hallazgo, que por su carácter maravilloso fue llamado Sacromonte.

El asunto del manuscrito de la caja y los libros de plomo adquirió tanta difusión que a menudo debió encender la imaginación de Cervantes en sus andanzas de esos años por las tierras del antiguo reino de Granada. Y debió de atraer especialmente su atención en 1600, cuando ya había iniciado la redacción del Quijote, pues ese año, tras celebrarse en Granada un concilio de eclesiásticos llegados de toda España, se calificó de auténticas las reliquias materiales que acompañaban a las escrituras y, en la primavera, se hicieron grandes fiestas, que tuvieron como escenario la plaza de Bibarrambla.

Tanta importancia concedió Cervantes a la invención granadina que a ella hace referencia en la última página de la primera parte de su Quijote, donde sugiere, con su proverbial sentido del humor, que en ella está la fuente de su genial invención narrativa. El sentido del párrafo resulta bastante claro cuando se conoce la clave histórica de las alusiones:

‘Pero el autor de esta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia dellos, al menos por escrituras auténticas [4] [...] Ni de su fin pudo alcanzar cosa alguna ni la alcanzara ni supiera si la buena suerte no le deparara un antiguo médico [5] que tenía en su poder una caja de plomo [1], que, según él dijo, se había hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba [2], en la cual caja se habían hallado unos pergaminos escritos con letras góticas pero en versos castellanos [3], que contenía muchas de las hazañas de Don Quijote, Sancho, etcétera.’

He puesto —continúa Gómez Liaño— en letra cursiva el encabezamiento de temas que remite a la caja de plomo [1] descubierta cuando se derribaba [2] la torre, o alminar, de la antigua mezquita de Granada para construir la nueva catedral, el manuscrito escrito en caracteres ‘salomónicos’ en castellano [3] del siglo I, escritura evidentemente apócrifa [4], que estaba dentro de la caja de plomo, y cuya autoría, al menos parcial, han atribuido los investigadores modernos al médico morisco [5] Alonso del Castillo.”

A continuación, voy a aportar datos básicos y diferentes sobre Cide Hamete Benengeli transcribiendo párrafos de diversos especialistas que se han ocupado de él, así como sobre otros personajes a quienes consideran “autores” o “narradores” de dicho Quijote, quienes por diversos conceptos son unos cuantos.

Para Santiago Fernández Mosquera, en “Los autores ficticios del Quijote” (Anales Cervantinos, XXIV, 1986) *“Las respuestas son variadas, pero pueden ser resumidas generalmente en dos posturas: aquellos que creen que los autores son tres, Cide Hamete, el traductor y el segundo autor (que identifican frecuentemente con Cervantes); y los que piensan que son cuatro o cinco: el autor de los ocho primeros capítulos (la voz final del capítulo 8), el segundo autor, Cide Hamete y el traductor del manuscrito. Nosotros intentaremos demostrar que la segunda consideración de cinco autores es la más correcta.”*

“... Resumiendo. Los autores ficticios del Quijote según nuestra propuesta son cinco: el autor de los ocho primeros capítulos, el editor, el traductor, Cide Hamete Benengeli y el autor definitivo.”

“Cide Hamete Benengeli es, como hemos visto páginas arriba, el ‘autor’ de la historia de don Quijote; al menos el principal. Sin embargo cabe pensar qué es lo que nos queda de lo escrito por Hamete después de una traducción, una presentación del editor y otra intervención final. Pero la intención de un lector inocente es que el autor de la mayoría de las palabras que lee en el Quijote son de Cide Hamete.”

“Pero a nosotros no nos interesa mucho ahora ni el significado ni el origen del nombre de Cide Hamete Benengeli [a otros investigadores sí, y a un servidor también, como veremos]. Lo importante es conocer que Cervantes crea uno que provoca múltiples asociaciones. Que muchas de ellas están formadas amalgamando conocimientos lingüísticos y de su vida en Argel con juegos fonéticos y conceptuales llenos de ironía. Lo que nos interesa es reconocer que este personaje tan sabiamente nombrado desdobra antagónicamente a Cervantes, identificándose unas veces o distanciándose de él.”

“La presencia de este autormoro es esencial dentro de la historia de la novela. Recordemos que él es su principal autor. Su nombre, sus apariciones y a veces la confusión de su papel dentro de la obra, no ayudan a que permanezca en un estricto y solitario plano autorial.”

“El autor definitivo” es “distinto al de los ocho primeros capítulos, al editor, al traductor y a Cide Hamete. Este autor, que está bien escondido en las páginas de la novela, controlaría toda la obra, desde el comienzo, incluyendo los ocho primeros capítulos, y sería el responsable último de la obra.”

“A lo largo de estas páginas [son 15 y éste el párrafo final] hemos individualizado los autores ficticios del Quijote: el autor de los ocho primeros capítulos, el editor, el traductor, Cide Hamete Benengeli y el autor definitivo. Son cinco voces que se pueden distinguir en la novela aunque dudemos en ocasiones quién de ellos interviene. Son ‘autores’ porque intervienen en la confección del discurso más o menos acusadamente, y son personajes a su vez de la novela porque casi todos (excepto el autor definitivo) forman parte de la historia. Todos ellos son rastreables en el texto y ninguno de ellos ha de identificarse con Cervantes. La conjunción de los cinco y la colaboración del lector conformará lo que Cervantes entiende por ‘autor’ del Quijote.”

* * *

Por su parte, en “Cide Hamete Benengeli y los narradores del Quijote”, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Jesús G. Maestro, manifiesta:

“Un análisis de los procesos elocutivos del Quijote revela la conveniencia de distinguir al menos tres entidades enunciativas básicas: 1) la que representa Miguel de Cervantes, como autor real y exterior al relato; 2) la que constituye el ‘Narrador’ del Quijote, de cuya identidad y estatuto como personaje hablaremos inmediatamente; y 3) el ‘sistema retórico de autores ficticios’ formado por a) el autor anónimo de los ocho primeros capítulos, b) Cide Hamete Benengeli, c) el morisco aljamiado, e igualmente anónimo, que traduce al castellano los manuscritos árabes hallados por el ‘Narrador’, y d) los académicos de Argamasilla, autores de los poemas donados al ‘Narrador’ por ‘un antiguo médico que tenía en su poder una caja de plomo que, según dijo, se había hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba...’ (52 I). Cada una de estas entidades locutivas se sitúa en una estratificación discursiva del Quijote, en cuya órbita transita, constituyendo una galaxia de enunciaciones en las que se dispone formal y recursivamente la fábula del relato.”

“La crítica moderna más autorizada estima que la presencia en el Quijote de los ‘autores ficticios’ (Cide Hamete, el traductor morisco, el autor primero, etc..), los cuales forman parte de un sistema autorialmente retórico y estilístico gobernado por el Narrador, voz anónima que organiza, prologa, edita el texto completo, y rige el sistema discursivo que engloba recursivamente el enunciado de los autores ficticios, obedece a una parodia de los cronistas o historiadores fabulosos que solían citarse en las novelas de caballerías. Su estatuto no es de narradores propiamente dichos, pues no narran nada: son citados, entrecomillados, o mencionados en discurso indirecto o sumario diegético.”

“Cide Hamete, el morisco aljamiado, los poetas de Argamasilla..., constituyen versiones ficticias o textuales del autor real y su voz en el mundo empírico, pues él es responsable último del acto de escribir, pero no del acto enunciativo de narrar desde dentro de la inmanencia discursiva lo que acontece a cada uno de los protagonistas, actividad que hace corresponder a los personajes, bien con nombre propio (Dulcinea, Cide Hamete, Sansón Carrasco...) [aquí, ahora, Cide Hamete es un “personaje”, luego incidiré sobre este particular], bien con un nombre común que funcione como propio (el cura, el barbero, la duquesa...), bien anónimo, entre los cuales ha de figurar el primero el ‘Narrador del Quijote’: [vemos que se considera a todos los citados “personajes”] Quien existe, que es quien escribe la novela empíricamente (Cervantes), no se presenta nunca como responsable inmanente de la organización del discurso (Narrador-editor anónimo), y menos aún como narrador directo de lo que en él se contiene (Don Quijote en la cueva de Montesinos, por ejemplo).”

* * *

Del ensayo de Luce López-Baralt “El cálamo supremo (AL – QALAM AL – A ‘ LÂ) de Cide Hamete Benengeli” (Lecturas), enviado [a internet] el 6 de mayo de 2004 por admin, transcribo el siguiente párrafo:

“... El nombre del presunto autor ‘arábigo’ del Quijote cuenta, como se sabe, con numerosas descodificaciones por parte de los críticos. Sin que descartemos ninguna de ellas, recordemos aquí la reciente hipótesis de Julio Baena. El estudioso insiste en la regla fonética de la que se sirve a menudo Cervantes para su invención de nombres: Para Sancho, Benengeli no significa, sino que suena a ‘Berenjena’. Al concentrarse en el sonido por sobre la significación, concluye Baena que ‘Ben – Engeli suena a hijo de ángel, por más que etimológicamente no lo signifique. Y por eso asocia a ese simbólico ‘hijo de ángel’ agareno con el demiurgo o encantador ‘capaz de traspasar las paredes y hasta las mentes para escudriñar los pensamientos’. Recordemos que la voz ‘berenjena’, de remoto origen sánscrito y persa, pasa al árabe como badânyân o bâdinÿeli. Nos recuerda César Dubler que Ibn al – ‘Awwâm se refiere a la plantación de la berenjena en el Al – Aldalus del siglo XII, ‘apuntando, a más de las conocidas, otra variante fonética, que es la de barândÿân’. De aquí nuestra ‘berenjena’ hispánica. He podido advertir, sin embargo, que la variante de la voz en los dialectos de Al – Aldalus, de Argel y de Marruecos es esbdinÿâl, que se pronuncia casi como ‘Bâdinÿel’ : ‘Bâdinÿeli’ con la ‘i’ final del genitivo, significaría entonces ‘relativo a’, ‘de’, ‘procedente de’ la berenjena. Probablemente Cervantes escucharía estas versiones fonéticas en sus caminatas por las plazas de Argel, o aun entre los moriscos que le fueron contemporáneos en España. Lo cierto es que Cide tiene un nombre que acústicamente se podría asociar —Julio Baena lleva razón— con Ben – Engeli o ‘hijo del ángel’. Cide Hamete es pues, por poderosas razones fonéticas, Bâdinÿeli, es decir, ‘de la estirpe del ángel’ ”

* * *

Amando de Miguel, a quien conocí cuando vino a Calatayud a dar una conferencia hace unos años y a quien entregué alguno de mis libros sobre la Dolores legendaria, en su conferencia “Mi interpretación del Quijote en su cuarto centenario”, pronunciada el 23 de febrero de 2003 en el Café Gijón de Madrid, y recogida en internet, me sorprende gratamente con el siguiente párrafo:

“Sabemos que por la obra de Sancho Panza está enfrentando al cura del pueblo Pedro Pérez, al que no le gusta nada Sancho, pues le acusaba de ser el inductor, de ser el que había llevado por el mal camino a D. Quijote. Pedro Pérez, yo sostengo, es pura fantasía mía y por tanto no la puedo demostrar, que se llamaba realmente Pedro Pérez Avellaneda, natural de Calatayud. Sabemos que era aragonés porque nos lo dice Cervantes. Avellaneda también tenía mucha información sobre libros de caballería, para escribir el Quijote de Avellaneda, el plagio, tenía que ser una persona que conociera muy bien a los personajes, y que odiara mucho a Sancho Panza. En el Quijote de Avellaneda Sancho Panza queda como un no quieran dueñas.”

En este párrafo, acierta Amando de Miguel, al menos en que el autor del Quijote apócrifo tiene el nombre de pila de Pedro y que es natural de Calatayud. Quien se oculta tras el seudónimo de Avellaneda es Pedro Liñán de Rianza, como creo que demuestro, sin la menor duda, en La identidad de Avellaneda, el autor del otro Quijote, libro publicado en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, en mayo de 2006. También aportó datos y testimonios concluyentes que, salvo que lo desmienta su partida de nacimiento (que no se ha encontrado), atestiguan que nació en Calatayud.

Sobre Benengeli dice Amando de Miguel: ... “También se inventa un amigo arábigo al que llama Cide Hamete Benengeli. Berenjena es como se conocía en la jerga de entonces a los moros. A los moros les gustaban mucho las berenjenas, y los cristianos les llamaban así para insultarlos o desprestigiarlos. ¿Por qué se inventa esta cosa tan absurda de que la obra la es-

cribe un berenjena? Por qué dice que él compra el manuscrito y lo traduce del árabe al español? Todo esto nos indica que hay algo que Cervantes no se atreve a contar. El no dice: ‘Yo he visto esta historia y la cuento’, ‘yo he viajado por la Mancha y he visto todo esto? Cervantes no viajó por la Mancha, en cambio, sí que había viajado por Andalucía. Si el Quijote es una obra de ficción, ¿por qué no la sitúa en Andalucía?, si esta tierra la conocía palmo a palmo. Cervantes había recorrido Andalucía de punta a punta cuando había estado haciendo una función, la verdad no muy noble, como era la de requisar trigo, es decir robando trigo a los pobres, digamos a precio oficial, para la Amada Invencible, por cierto típica función de los Judíos, pues un hidalgo no se prestaba a este juego. Cervantes se inventa este personaje de Benengeli porque seguramente a él le contaron la historia real que sucedió en la Mancha y que sucedió en los sitios que se describen en la novela.”

* * *

En mi afán por aportar datos, transcribo ahora algunos párrafos del artículo de Mahmud Sobh, publicado en “El País. Babelia” el 31 de diciembre de 2005, e incorporado a internet:

“¿Quién fue Cide Hamete Benengeli, el supuesto autor árabe de Don Quijote de la Mancha? El hispanista egipcio Mahmud Ali Makki afirma que entre el apellido real de una familia levantina y el del presunto escritor árabe la diferencia es mínima. Además, recuerda que, trocando el Benengeli en Berengeli, Cervantes pone en boca de Sancho la jocosa relación entre el apellido del sabio moro y las berenjenas, a las que por cierto, eran aficionados los moriscos. ‘Yo no descarto la posibilidad’, continúa, ‘de que Cervantes, en sus andanzas por levante y por su vecina La Mancha, se hubiera topado con un morisco, personaje real, Llamado Berengeli, cuyo apellido le habría servido como fuente de inspiración para, entre bromas y veras, atribuir la autoría de su Quijote a un sabio morisco. Por otra parte, sabemos que en tiempos de Cervantes las regiones de Levante y La Mancha —lo mismo que Toledo, donde pretende haber encontrado los cartapacios con los originales de su novela— estaban poblados de moriscos.’ De hecho, aunque Ali Makki no se refiera a ello, a los toledanos se les llama también berenjeneros.”

“Pero ¿quién era Cide Hamete Benengeli? ‘Tú no debes, Sancho, errarte en el sobrenombre de ese Cide, que en árabe quiere decir señor’, explica Don Quijote mientras da a su escudero una peculiar clase magistral sobre los arabismos en castellano: ‘Y ese nombre Albores es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan por ál, ...’

“Cide es, ya dijimos, señor, un título de nobleza y respeto entre los árabes. ¿Y ‘Hamete’? En las cuatro traducciones del Quijote al árabe se lee Hamid / Alabado, Agradecido. Por otro lado, ‘Ahmad’ / Amete, que tiene la misma raíz, es uno de los muchos nombres del profeta ‘Muhammad’ / Mahoma.”

“¿Y, por fin, lo de Benengeli? Todo el mundo sabe que ‘ben’ en árabe significa ‘hijo’ y que, en castellano, su equivalente es el sufijo /ez/ añadido al apellido. De ahí, Martínez (hijo de Martín) o González (hijo se Gonzalo). Además, otras lenguas peninsulares añaden /es/ en lugar de /ez/ para indicar lo mismo y hasta en el mismo castellano se confunde /s/ con /z/ (de ahí nuestro Chaves y el Chávez venezolano). La etimología parece forzada, pero el arabista decimonónico Francisco Codera y Zaidín sostenía que Benengeli quiere decir: ‘Ybn al – ayyil’, es decir, ‘hijo del ciervo’. Dado que ‘cervant’ viene de ‘ciervo’, valdría decir que Cervantes es, también, ‘hijo de ciervo’. El enigma parece, al fin, resolverse. [Pues no señor, como veremos al final]. Cide Hamete Benengeli fue, literalmente, palabra por palabra, el mismísimo Miguel de Cervantes.” [Caliente, caliente].

* * *

De DIALNET Servicio de Alertas y Hemeroteca Virtual de Revistas científicas españolas, año 2005, Número 30, del artículo “El morisco Cide Hamete Bejarano, autor del *Quijote*”, del Dr. Ismail El – Outmani, de la Université Mohamed V, Rabat, Maroc, espigamos:

“Tratar de identificar a Cide Hamete Benengeli ha ocupado a más de un cervantista, pero la verdad es que hasta la fecha no se ha logrado una identificación definitiva del supuesto autor árabe del manuscrito (en árabe) de Don Quijote de la Mancha. Por consiguiente, no se ha explicado de manera convincente la opción de Cervantes por el elemento árabe para su novela y su autoría, sin olvidar los numerosos episodios ‘árabes’ en el Quijote. Se han barajado varias hipótesis de trabajo examinando posibles fuentes del nombre del supuesto autor. Para algunos, Benengeli es Benelayli, o ‘hijo del ciervo’, contenido en el nombre de Cervantes. Para otros significa ‘Aberenjenado’, que procede de una deformación de ‘Berenjena’, apodo corriente (¿?) de los toledanos, según Sancho Panza (‘he oído decir que los moros son amigos de las berenjenas’ P. II, Cáp. 2). Otras lecturas han sugerido que significa o ‘hijo de la Biblia’, ‘hijo del ángel’ o ‘hijo del valioso’. Sin embargo, no cabe duda de que la duda permanece, a pesar del tiempo transcurrido y de los esfuerzos dedicados al tema”

“Nuestra intención aquí es participar en esa labor de identificación de Benengeli, tomando en consideración no sólo el nombre en sí, sino el contenido histórico que vio aparecer el Quijote. Empecemos nuestra andanza con un nombre: Ahmad ben Qásim Al – Hayari al Aldalusi, más conocido entre los estudiosos como Afuqqay Al – Ayari...” “... era conocido en su época granadina con el apodo cristiano de Bejarano. Retengamos el apodo Bejarano, teniendo presente, uno, que desconocemos el porqué le fue puesto, y, dos, que la Primera parte del Quijote fue dedicada al Duque de Béjar, a pesar de ser este hombre poco letrado y nada interesado en Cervantes y lo suyo. ¿No era tal vez para evocar a Bejarano? De todos modos, para tener a nuestro personaje lo más cerca posible, tanto de nosotros como de su ambiente granadino, vamos a llamarle por su nombre de pila, Hamete (Admad), anteponiéndole, eso sí, el apelativo Cide, que indica cortesía o fomalidad. Cide Hamete Bejarano es pues su nombre completo. Cide Hamete tenía instrucción en el islam que le permitía recitar el Corán y manejar libros en árabe. Naturalmente tenía que hacerlo en secreto, aplicando, como muchos moriscos, la licencia islámica de Taqiyya, para no tener problemas con la Inquisición. No obstante, Cide Hamete sería llamado a participar en la traducción de los enigmáticos Libros Plúmbeos, porque aparentemente tenía, además de una educación, una conducta cristiana suficiente para ganarse la confianza del arzobispo de Granada Pedro de Vaca Castro.”

“Los datos más antiguos disponibles sobre nuestro personaje datan de 1590, año en que le encontramos en Granada. En este episodio biográfico, Cide Hamete Bejarano es llamado por el arzobispo de Granada para la versión árabe de un pergamino descubierto en la Torre Turpiana en 1588. Los datos esenciales a retener: Nuestro Ahmmad, Hamete para los hispanohablantes, era morisco, granadino y traductor; mientras que el pergamino era un documento apócrifo que precedería una serie de documentos conocida con el nombre de Libros Plúmbeos.”

“Sumariamente diremos que en 1588, ‘aparecieron’ entre los escombros del antiguo minarete de la mezquita mayor nazarí, conocido también como Torre Vieja o Turpiana y ubicado a poca distancia de las tumbas de los Reyes Católicos, que unos obreros moriscos estaban derrumbando, una caja de plomo con varios objetos y un pergamino escrito en árabe, castellano y latín que daba las primeras noticias concretas acerca de San Cecilio, patrono de la ciudad. El evento causa verdadera conmoción religiosa en Granada, y su repercusión se extendió a toda España, y el Rey lo recibe como mensaje divino. Tras este ensayo general, y el éxito obtenido, ‘aparecieron’ entre 1595 y 1598 veintidós libros plúmbeos.”

“Tras los ‘hallazgos’, había que traducir al castellano los textos en árabe, y comprobar la originalidad para certificar la veracidad de su historia, o su falsedad. Los traductores de los Libros Plúmbeos que se citan normalmente son Alonso del Castillo (médico morisco e intérprete de Felipe II), Miguel de Luna (médico morisco y traductor de árabe para Felipe II y autor de La verdadera historia del Rey Rodrigo...), el licenciado Luis Fajardo (catedrático de árabe en la Universidad de Salamanca), y Francisco López Tamarid (racionero mayor de la catedral). Pero hay un quinto traductor que no mencionan las fuentes españolas; personaje curiosí-

simo que guarda, a nuestro modo de ver, muchos secretos sobre la concepción del Quijote. Se trata nada más ni nada menos que de Cide Hamete Bejarano, el cual afirma en sus memorias (Nássir al – Din...) que adquirió un cierto renombre entre los granadinos porque había sabido interpretar los pergaminos mejor que los traductores.”

“[...] No pretendemos ser los primeros en señalar la conexión parodística entre el Quijote y (el caso de) los Libros Plúmbeos (Lathrop, Case, etc.) pero sí examinar elementos nuevos que sugieren o confirman la hipótesis de una reacción antimorisca por parte de Cervantes, además de identificar a Cide Hamete Benengeli. La idea capital es que Cervantes, que seguía de cerca el asunto de los Libros Plúmbeos y sus repercusiones, tal vez se haya dejado ‘inspirar’ por Cide Hamete Bejarano, personaje morisco, traductor, involucrado directamente en la historia de los Libros Plúmbeos y su traducción, además de ser concernido (en cuanto morisco) por su contenido. Estos indicios contextuales son reforzados por la semejanza fonética entre Cide Hamete Benengeli y Cide Hamete Bejarano. Al decir Berenjena por Benengeli, lo que hace Sancho es reproducir el sonido. Recordemos a este punto que la regla fonética de la que se sirve Cervantes en la invención de nombres. De hecho, Bejarano no dista nada de Berenjena. Sin embargo, ello no resuelve por completo el enigma de ‘Benengeli’.

“En realidad, una vez establecida la mencionada conexión (bejarana ¿j) entre don Quijote y la cuestión de los Libros Plúmbeos y el quinto traductor, no ha sido muy difícil dar con el significado de ‘Benengeli’. ‘Benengeli’, o ‘Ben – enegeli’ quiere decir en árabe ‘hijo de – bastardo’, o ‘hijo de – sangre no limpia’. Cide Hamete Bejarano era morisco, por lo tanto ‘hijo de – bastardo’; lo que equivale a decir, desde la óptica de Cervantes y de su época, ‘un cristiano nuevo’. Hay que señalar en este contexto que dentro del antagonismo entre cristianos viejos y cristianos nuevos existía la creencia de que aquellos pertenecían a una ‘raza bastarda’ que descendía de Ismael, mientras los cristianos descienden directamente de Isaac.”

* * *

Para que no se quede nada en el tintero, voy a recoger algún aspecto esotérico de los que se atribuyen al Quijote y a Cervantes. De la revista MÁS ALLÁ, nº 193 de marzo de 2005, transcribo los siguientes párrafos del enunciado “Entre la cábala y la alquimia. Cervantes desconocido”:

“Quien crea que la búsqueda de significados ocultos y secretos esotéricos en la obra cervantina es cosa de modernos esoteristas se equivoca. El primer estudio de este tipo del que tenemos noticia data de 1897, debido a Baldomero Villegas... Se titulaba ‘Estudio topológico sobre el don Quijote de la Mancha del sin par Cervantes’. En 1903 saca otro libro... Otro de los primeros buscadores de significados ocultos fue Atanasio Rivero, que en 1916 escribió ‘Memorias secretas de Cervantes’, en las que trata de descubrir anagramas, símbolos y segundas lecturas especialmente en el Quijote... Más tarde publicaría una serie de artículos en ‘El Imparcial’ en los que planteaba la existencia de un texto oculto tras los escritos de Cervantes.”

“¿Judío o musulmán? ...Según un gran número de estudiosos, Cervantes pertenecía a esta última categoría [judío converso], y es precisamente a los conversos o ‘marranos’ a quienes iría dirigida prioritariamente su obra. Los que como él tenían que padecer en la clandestinidad los rigores de la Inquisición, no deberían tener problemas en reconocer en la obra de Cervantes las claves que le identificarían como uno de los suyos.”

“Otro grupo de analistas de Cervantes es el que ve en su obra una notable influencia musulmana, bien por lo aprendido en sus años de cautiverio en Argel, bien por ser descendiente de una familia de conversos moriscos cordobeses.”

“¿Escribió Cervantes el Quijote?: En el prólogo del Quijote, Miguel de Cervantes dice no ser su verdadero padre, sino su padrastro, un mero traductor de un manuscrito atribuido a un autor musulmán, Cide Hamete Benengeli. El sentido de esta afirmación ha traído de cabeza a los exegetas cervantinos, Sin embargo, en 1917, el austríaco Alfred von Weber Ebenhoff dio un apunte de solución a este misterio. Ebenhoff era uno de los mejores estudiosos de la obra de Francis Bacon, y a través de sus trabajos consiguió establecer una relación entre este autor y

las obras de Shakespeare. Casi de forma accidental, Ebenhoff tuvo acceso a la primera traducción del Quijote publicada en Inglaterra. Para su sorpresa, el manuscrito de la traducción contenía anotaciones y correcciones de puño y letra de Bacon, lo que le llevó a concluir que esta presunta traducción bien pudiera ser el manuscrito original del Quijote y la obra de Cervantes una traducción, tal y como se recoge en el prólogo. (Santiago Camacho).”

“Thomas Shelton y el Quijote inglés: Los ingleses no dudan de la autoría del Quijote. Estos recelos parten de las dudas sembradas en las notas de la primera edición inglesa de la primera parte del Quijote, traducido por Thomas Shelton en 1612. Puede leerse que el autor es un tal Cide Hamete Benengeli, historiador árabe y no Miguel de Cervantes. Otros investigadores británicos afirman que la verdadera autoría de el Quijote se debe al poeta Philip Sidney, quien reflejaría sus aventuras vividas entre 1572 y 1577.”

“...más problemas plantea conocer quien fue en realidad Thomas Shelton... Todo indica que es un seudónimo... Actualmente existen dos grandes candidatos: Francis Bacon y Christopher Marlowe (1540 – 1593) a quien la crítica sí ha reconocido la autoría de varias obras de Shakespeare. La historia nos cuenta que Marlowe murió en una reyerta en 1593. Pero parece que lo sucedido fue un burdo ocultamiento para lograr que el dramaturgo huyera de Inglaterra en donde, debido a su trabajo de espía se había ganado enemigos. Marlowe pudo haber acabado en España, lugar en donde traduciría la obra de Cervantes [ahora no es autor, sino traductor] (Nacho Ares).”

* * *

Navegando por internet en pos de Cide Hamete Benengeli, me he topado con el “NECROMICÓN. El libro que no debió ser”, de Jacinto Quesnel Álvarez. En el “Prólogo” se nos dice:

“La fama del Necromicón no se da a notar tan solo entre aquellos esotéricos grupos de ocultistas que se reúnen en el tianguis universitario del Chopo (Ciudad de México) o en las películas de baja distribución como son las que forman parte de la saga Evil Dead. Sino que llega al extremo de tener ocasionales apariciones en caricaturas, revistas, historietas y música, esto sin olvidar el arte donde vio su origen, la literatura. Era por lo tanto de esperarse que tarde o temprano, esto atrajese la atención de uno que otro observador.”

“El Necromicón como recurso literario: Es indudable la influencia del ocultismo en la literatura fantástica de todo el siglo XX. Incluso muchos ocultistas eminentes han practicado la forma del relato conocida como Weird Tale o ‘cuento de horror’; y a su vez, muchos escritores de horror se han inspirado en las tradiciones del ocultismo. Aun así, es rara la ocasión en que se menciona cuanto tienen en común el a veces charlatán ocultismo y cuento de horror, casi siempre visto como simple entretenimiento, y nada más.”

“El usar un libro emergente e inexistente como referencia en una historia de ficción es, en la literatura del último siglo, un ‘truco’ bastante socorrido. Pero esta práctica se remonta, cuando menos, a Don Quijote de la Mancha de Miguel de Cervantes, en el que el propio narrador dice estar copiando de otro libro, escrito por un tal Cide Hamete Benengeli. Otro ejemplo es Tlön, Uqbar, Orbis Tertius de José Luis Borges, un cuento que habla del hallazgo de una enciclopedia de otro mundo.”

“Lo que convierte, entre todos estos textos, al Necromicón en caso especial, es el hecho de que sea el único que alguien se ha molestado en hacer una realidad y publicarlo, no sólo una, sino en numerosas ocasiones. En efecto: nadie ha hecho la enciclopedia de Tlön ni la versión ‘original’ de El Quijote, pero es posible que el caso de Necromicón haya llegado tan lejos solamente por cuestiones mercantiles.”

* * *

Otra cuestión importante tiene relación con la creencia de que la autoría del Quijote se debe a otros autores. En la actualidad y desde hace algún tiempo (conforme han avanzado las

investigaciones), no se puede poner en duda que el Quijote es obra de Cervantes. Además de otras consideraciones de peso, hay una prueba concluyente e irrefutable que avala esta afirmación: Se trata de Avellaneda. Cervantes replica, imita, parodia, se inspira y remeda a Avellaneda en la segunda parte de su Quijote publicada en 1615. Antes, este autor anónimo en el “otro Quijote”, remeda, se inspira parodia, imita y replica al autor de la Primera Parte del Quijote publicada “oficialmente” en 1605. Avellaneda es el nexos, y creo que tiene mucho que ver, por otra parte (por haberlas propiciado) en las ambigüedades y especulaciones que han surgido en torno al sentido oculto y esotérico de muchos párrafos del Quijote cervantino. Teniendo en cuenta la “participación” de Avellaneda se resolverían la mayoría de los ocultismos.

Por tanto, si Cervantes compuso el Q. II (algo que no se discute), Cervantes es el autor del Q. I. Y está de más considerar autor de este Quijote a Bacon (Shelton), y también el darle entidad propia, e independiente de Cervantes, a Cide Hamete Benengeli, dando a entender que el autor es éste, y no un personaje más de la obra.

* * *

Y por último, antes de realizar unas puntualizaciones, consideraciones y comentarios sobre lo transcrito, que efectuaré en el orden más adecuado para que mi hipótesis tenga más hilazón y consistencia; y de desvelar el descubrimiento al que hacía mención al principio, el cual, cuando menos será sorprendente, me voy a referir a la curiosidad que he encontrado en la biografía de Wolfgang Amadeus Mozart (Dantin Esport, S. L., Madrid, 2004, p 85) de José Muñoz de la Nava Chacón:

“Haciendo juegos de palabras y posiblemente ironizando contra los nobles que lo rodeaban durante los últimos días, Wolfgang firmó esta carta como Wolfgang de Mozart, Señor de Hochental [del Alto Valle], amigo de la Zablausens [Casa de Empeño]. También sobre esto existe una tradición antañona, por ejemplo (permítasenos recurrir a él y a su más importante obra publicada –la primera parte- en 1605) formó el nombre de su alter ego, el ficticio autor de El Quijote, por medio de un anagrama que esta firma de Mozart: Cide Hamete Benengeli, esto es: Señor Hambriento, Beneficiado en Genio Literario.”

* * *

Hemos visto que Gómez de Liaño relaciona el hallazgo de los libros de plomo con las circunstancias en las que Cervantes encuentra los papeles de Cide Hamete Benengeli; y más adelante el Dr. Ismail El Outmany nos ofrece una versión más amplia de lo relacionado con los Libros Plúmbeos y cita al quinto traductor de ellos, Cide Hamete Bejarano, que podría ser quien inspirase a Cervantes para poner un nombre similar a su historiador árabe.

Por su parte, Luce López Baralt relaciona, a través de Sancho, “Benengeli” con “berenjena”, y le aplica el posible significado de “hijo del ángel”, “de la estirpe del ángel”.

Mahmud Sobh también asocia en su artículo el apellido del sabio moro con las berenjenas y le otorga el significado de “hijo del ciervo”, el mismo que tiene el apellido Cervantes. Y estas hipótesis son compartidas por otros investigadores.

Los “autores” o “narradores” del Quijote según unos u otros, son más o menos. Prescindiendo de su número, me quedo con que Jesús G. Maestro los conceptúa como “protagonistas”, como “personajes”, y a mi modo de ver, esta es la forma más lógica, normal y sencilla de denominarlos. Todos los seres humanos, sobrenaturales o simbólicos ideados por el escritor, que toman parte en la acción de la obra literaria, son personajes. Por tanto, personaje es don Quijote; personaje es Sancho, quien se inventa episodios y narra cuentos; y el cabrero, que cuenta la historia de Grisóstomo “a los que estaban con don Quijote”; y también personaje es Cide Hamete Benengeli, autor de los “papeles” que recogen la “historia” de don Quijote.

Una historia —no debemos olvidarlo—, que se inventa y crea Cervantes, el único, el verdadero, el definitivo autor (al margen de que copie, se inspire o tome elementos de otras fuentes). Y, por supuesto, es personaje el “traductor”, un morisco aljamiado del que no se pro-

porciona ningún otro detalle; y personaje (aunque no aparece) el dueño de la maleta en cuyo interior se halla la novela “El curioso impertinente”, leída por Cardenio. Y por el mismo procedimiento, curiosamente, personajes son el autor de esta novela intercalada, y el cautivo, que cuenta su vida y sucesos (otra novela intercalada) y ambas, “casualmente” son del propio “autor” Cervantes, por lo que puede, en buena ley, considerársele “personaje” de su obra. Y alguno de estos “personajes”, por tener una acción principal, adquiere el rango de “protagonista”, como es el caso de don Quijote, de Sancho y, acaso, si se quiere, el de Cide Hamete. Huelga, por tanto, a mi entender hablar indiscriminadamente de autores y narradores ficticios.

Y ahora, ha llegado el momento de proponer mi hipótesis; pero, advierto, que sin precisar las fuentes y autores que avalan mi exposición, por no extenderme y, sobre todo, por creer que son prescindibles las citas, tanto para los especialistas —que deben de estar al tanto del secreto—, como para los legos en la materia, los curiosos o simples lectores, que estimo pueden pasar sin ellas. Pues pretendo que este discurso sea un camino corto para llegar antes con antes al final.

Cervantes escribió los ocho primeros capítulos (que componen la Primera parte de las cuatro de que consta el Q. I) y éstos pudieron haber sido publicados como novela corta. No hay duda para la crítica actual que el Q. I vio la luz antes de la fecha “oficial” de 1605. Una de las pruebas, es la carta de Lope de Vega, fechada en 1604, en la que dice: ningún poeta “*tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe el Quijote*”. Pero alguna trascendencia debió tener (bien como novela corta o como el Q. I que conocemos) cuando en la “Pícara Justina” (1604) se le cita como libro famoso.

A lo que deseo referirme, empero, es a que Cervantes, cuando fuese, continuó los primeros capítulos y, en los siguientes, introdujo una novedad trascendental: inventarse, crear a un “historiador árabe” (inspirado posiblemente en el hallazgo de los Libros de Plomo), con motivo de dotar de más enjundia e interés a su relato y también para disfrutar de más oportunidades y recursos para expresarse. Y, por lo visto, creyó conveniente ponerle el nombre de Cide Hamete Benengeli. Y uno puede preguntarse ¿por qué, con qué criterio y cómo llegó a bautizarlo de esta manera?

Sospecho, con fundamento, por tener muchos visos de realidad, que el nombre del historiador árabe es un anagrama del nombre y primer apellido de su creador, pues todas las letras que componen CIDE HAMETE BENENGELI forman parte, se encuentran incluidas en MIGUEL DE CERVANTES, con la salvedad de que en éste no figura la “H” (que no se pronuncia); de que la “B” puede ser la “V” y ésta la “U” (Cervantes utiliza indistintamente la “B” y la “V” para escribir su apellido, y la “V” en los documentos antiguos tiene la misma grafía que la “U”). También en “Cervantes” hay una “R” y una “S” que no están en el seudónimo, y en éste una “N”, dos “E” y una “I” se encuentran repetidas.

Pero estimo que no le importaron a Cervantes estas divergencias (más bien creo que las “consintió”), porque si en vez de “HAMETE” hubiese puesto AMET (que viene a ser lo mismo), habría prescindido de la “H” y “colocado” una “E”; y si en vez de BENENGELI el apellido hubiera sido BERENGELIS, (sustituyendo la primera “N” por la “R” y añadiendo la “S”, el anagrama sería casi completo, y más aún si hubiese añadido la “U” para formar BERENGUELIS. Entonces sólo estarían repetidas una “E”, y una “I” (hasta cierto punto unas letras necesarias para que el apellido resulte más eufónico y darle apariencia árabe), pero, sobre todo, ante la posibilidad de que se pudiese asociar “— GUELI—” con “M —IGUEL—”, quizás, al verdadero y único autor del Quijote, no le interesase o no quisiera facilitar una pista tan clara que pudiese llevar al descubrimiento del misterio en el que quiso y de hecho envolvió a su sabio “colaborador” moro, que resulta ser el propio Cervantes, o sea, un cristiano.

Calatayud, 10 de octubre de 2006